

Forastieri, Ana Laura

Santa Gertrudis, figura del amor místico nupcial

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Forastieri, Ana L. “Santa Gertrudis, figura del amor místico nupcial ” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/santa-gertrudis-figura-amor.pdf> [Fecha de consulta:]

Santa Gertrudis, figura del amor místico nupcial

Hna. Ana Laura Forastieri, OCSO¹
Monasterio Trapense “Madre de Cristo”
Hinojo - Argentina
hnastrapenses@gmail.com

Si bien podría pensarse que “lo bello” sea el centro de una estética teológica, lo bello es sólo el resplandor de lo que en realidad es el centro en un planteo estético de la teología: la *figura*. Se entiende por figura la forma que presenta exteriormente una cosa, o aquella forma primera que es posible captar por los sentidos. Su percepción supone una mirada sintética –no crítica, ni discursiva-, capaz de descubrir una “gestalt”, o sea, una forma complexiva como unidad coherente en su totalidad.² El teólogo Von Balthasar aplica esta noción derivada del arte -y más específicamente de Goethe-³ a la revelación de la gloria divina, acontecimiento que no tiene lugar en abstracto sino que toma siempre una forma concreta y encarnada. Su mirada se dirige principalmente a la persona de Jesús, icono supremo de la gloria del Padre, la “figura” por antonomasia, pero también a otros discípulos y discípulas suyos a lo largo de los siglos, que han recibido de un modo real e histórico la revelación de la gloria divina manifestada en Cristo. En cada uno de ellos la epifanía de la gloria toma rasgos peculiares que constituyen una “figura”, es decir una forma única y original, que puede ser vista en su totalidad desde muchos puntos de vista y que aporta nuevas luces sobre el misterio divino. Aplicando esta perspectiva estética a los escritos de santa Gertrudis de Helfta⁴ encontramos que la clave fundamental que da sentido y coherencia a su itinerario espiritual es la unión nupcial con Cristo. Su vida puede ser considerada como una *figura sponsal*, que proyecta luz sobre la dimensión mística nupcial de la vida cristiana, abierta a todo creyente a partir del bautismo. Partiendo de un breve esbozo biográfico,

analizo aquí la conversión de Santa Gertrudis, como el momento particular en que se imprime en su vida la forma de Cristo con carácter sponsal. Presento luego las características del amor místico nupcial que surgen de su experiencia espiritual, ilustrándolas con diversos textos de su obra.

1. Esbozo biográfico

Santa Gertrudis es una de las grandes místicas de la Edad Media, que “con su vida y su pensamiento influyó de modo singular en la espiritualidad cristiana”.⁵ Nació en 1256, en Eisleben, Alemania. Se desconocen sus orígenes familiares. A los cinco años fue entregada para su educación al Monasterio de Helfta, comunidad que seguía la Regla de San Benito según los usos cistercienses. Bajo la guía de santa Matilde de Hackeborn (1241-1299) recibió la educación clásica de su tiempo: el *trivium* y el *quadrivium*, lo que le aseguró una sólida cultura literaria, filosófica y teológica.⁶ Destacaba en los estudios aventajando a sus compañeras. Más tarde, profesó como monja, pero hasta los veinticinco años vivió la vida religiosa en la rutina y la tibieza: su pasión era el estudio. A esta edad entró en una crisis profunda, que se resolvió por medio de una visión de Cristo resucitado. Esto determinó su conversión radical: dejó los estudios para dedicarse a la oración y a la vida espiritual, comenzando a tener frecuentes revelaciones, especialmente en el marco de las celebraciones litúrgicas. Empezaron a acudir a ella personas de todas las clases para pedir su consejo y su intercesión y llegó a ser considerada teóloga, es decir: maestra de la vida espiritual. En 1289 recibió la orden del Señor de poner por escrito sus visiones. Así redactó el *Memorial de la Abundancia de la Divina Misericordia*, opúsculo autobiográfico que posteriormente fue incluido como Libro II del *Legatus Divinae Pietatis*;⁷ este último es la obra que recopila su experiencia espiritual, ordenada y editada por una redactora final.⁸ Escribió además los

*Ejercicios Espirituales*⁹ y otras obras en alemán que se han perdido. Sus últimos años los vivió postrada por la enfermedad. Murió a la edad de 45/47 años, en 1301 o 1302.

Su proceso espiritual a partir de su conversión está totalmente polarizado por la unión con Cristo en clave esponsal cuya meta es la plena participación de la vida divina. Las gracias extraordinarias que frecuentemente recibía se apoyan en esta unión íntima y permanente con el Señor.¹⁰ Su vida es presentada en el *Legatus* como modelo de la unión íntima a la que Cristo llama a todo creyente, por estar creado a imagen y semejanza de Dios, unión a la que todos podemos aspirar en virtud del bautismo.

2. La impresión de la forma de Cristo

Existen dos relatos autónomos de la conversión de Gertrudis, es decir, del acontecimiento por el cual ella pasa de los estudios profanos a la teología y a la vida mística: la versión de Gertrudis y la de su biógrafa. El relato de Gertrudis no hace referencia a su inclinación a los estudios, sino a la crisis que ella estaba atravesando y a la visión que la resolvió de forma definitiva. Se trata de una visión de contenido esponsal, en la cuál se hace presente la fuerza del deseo en Gertrudis.

“Así pues, en la predicha hora, mientras estaba en medio del dormitorio, al levantar la cabeza [...] vi de pie ante mí, un joven amable y delicado, como de unos dieciséis años, tal cual mi juventud de aquél entonces hubiera deseado que se complacieran mis ojos exteriores.” (L II, 2).

Ella desea unirse al joven de la visión, pero experimenta ante sí un obstáculo que le impide hacerlo y solo logra superarlo por puro don de Aquel mismo a quien ve:

“Mirando atentamente, vi entre él y yo, es decir a su diestra y a mi izquierda, una muralla de largura tan infinita que, ni delante de mí, ni a mi espalda, se veía el final de aquella longitud. Veía reforzada aquella muralla bajo una capa tan grande de espinas, que por ninguna parte me era accesible atravesarla para volverme a dicho joven. Y puesto que estaba como impedida por esto y el deseo me abrasaba y casi estaba desfalleciendo, él mismo, de repente, sin ninguna dificultad, tomándose, me levantó y me estableció junto a sí.” (L II, 2)

Gertrudis reconoce en la mano de aquel joven las gloriosas cicatrices del Hijo de Dios, por las cuales fluyó la medicina apropiada al género humano:

“Pero en aquella mano [...] reconocí aquellas llagas, joyas luminosas por las cuales todo documento de deuda ha sido anulado [...] Desde entonces, serenada por una alegría espiritual enteramente nueva comencé a correr tras el olor de tus perfumes y a comprender cuán suave es tu yugo y ligera tu carga, lo cuál antes me resultaba insoportable.” (L.II 1.2)

Con esta visión Gertrudis recibe lo que von Balthasar llama la “impresión de la forma”, es decir, la experiencia de la epifanía de la gloria de Dios en Cristo, que, con su esplendor, arrebató a quien la percibe. Dice el teólogo:

“[...] de repente, de un modo indescriptible surge el rayo de lo incondicionado y derriba al hombre haciéndole caer postrado en adoración, transformándolo en un creyente y seguidor de Cristo”.¹¹
“Es la acción con que Dios imprime en el creyente la forma de Cristo [...], no un rasgo de su Hijo, sino su imagen esencial indivisible, por más que esta pueda aparecer diferenciada, personal y carismáticamente en cada alma”.¹²

En Gertrudis, la forma de Cristo se imprime con carácter esponsal; este rasgo es el que da unidad y coherencia a su vida, y originalidad a su figura. Así ella deviene paradigma de la relación de amor nupcial que Cristo ofrece a todo bautizado.

3. Características del amor místico nupcial en los escritos de Santa Gertrudis

Señalemos ahora, a partir de los escritos de santa Gertrudis, algunas notas que caracterizan el amor nupcial del creyente con Cristo.

- **Iniciativa divina:** La iniciativa del amor esponsal corresponde a Cristo y el creyente la experimenta como un atractivo, un llamado y una predilección gratuita que pide de él una respuesta de libre correspondencia a ese amor.

“Considera quién soy, paloma mía: soy Jesús, tu dulce amigo. Ábreme lo más íntimo de tu corazón, pues vengo de la tierra de los Ángeles, y soy bello [...]. Amada paloma mía, si quieres

ser mía, es necesario que me quieras con ternura, con prudencia, con fuerza, para que puedas experimentar suavemente todo esto en ti.” (E III)

Gertrudis insiste en que el Señor está deseoso de derramar con abundancia los tesoros de su gracia en los corazones de sus fieles, en tanto los encuentre disponibles. Por eso desea que sus lectores reciban mayores gracias que ella misma.¹³

- **El fundamento de la relación esponsal con Cristo es el bautismo:** En el Ejercicio 1 dedicado a renovar la memoria del bautismo, Gertrudis abre la perspectiva esponsal de la vida cristiana ya desde este sacramento:

“¡Oh, Jesús, luz inextinguible! Enciende en mí sin que pueda apagarse, la lámpara ardiente de tu caridad; enséñame a custodiar mi bautismo intachable, para que, cuando sea llamada a tus bodas, merezca ingresar preparada -te suplico- a las delicias de la vida eterna, donde habré de verte, oh luz verdadera, y veré el rostro melifluido de tu divinidad. Amén.” (E I)

El bautismo es el sacramento que nos configura inicialmente con Cristo y hace posible en nosotros la vida divina, ya que nos infunde la gracia, principio sobrenatural que nos permite asemejarnos progresivamente a Cristo. Y porque la perspectiva esponsal brota del bautismo, está abierta a todos los bautizados: varones y mujeres, célibes o casados, laicos, sacerdotes o consagrados, sin que se requiera más que reconocer el llamado de la gracia y secundarlo. Ciertamente hay diversos caminos para ir a Dios, que el mismo Espíritu alienta. Pero quien siente el atractivo interior por la espiritualidad esponsal, no debe sentirse excluido por no ser una persona consagrada.¹⁴

- **Relación recíproca:** El amor nupcial establece una relación de alianza recíproca entre Cristo y el creyente.

“Despiértate oh alma, ¿hasta cuándo dormirás? Oye la palabra que te traigo. Más allá de los cielos, habita un rey que te desea de manera irresistible. Te ama con todo el corazón, te ama sobre toda medida [...] Él es quien te ha lavado con su sangre, quien te ha redimido con su muerte. ¿Hasta cuándo esperará que tú le ames? [...] Ese dulce amor, esa suave caridad, ese

amante fiel, exige de ti un amor recíproco. Si quieres aceptar sin tardanza todo esto está dispuesto a hacerte su esposa; apresúrate a declararle tu elección.” (E III).

Quizás este es el rasgo que más sorprende en la mística gertrudiana: la relación esponsal se establece en paridad con Cristo,¹⁵ en un cierto plano de igualdad,¹⁶ y es deseable y deleitable tanto para uno como para el otro.¹⁷ Por puro don de su gracia, Cristo eleva la condición natural del ser humano para hacerlo capaz de una comunicación recíproca con El.

“Lo que yo soy por naturaleza, ella lo será por gracia. La abrazaré con los brazos de mi amor, apretándola sobre el corazón de mi divinidad, para que por medio de mi ardiente amor, se funda como la cera ante el fuego.” (E III)

Esta igualdad es analógica, es decir, no se funda en la común naturaleza sino que se recibe por gracia. La condescendencia divina ha hecho que Jesús, al tener en común con nosotros la humanidad y con Dios la divinidad, haga de puente entre nosotros y Dios. Porque en Cristo Dios se ha hecho hombre, nosotros -no por derecho de naturaleza, sino por pura gracia-, podemos entablar una relación de igual a igual con el Señor, por la cual nos vamos conformando a su santísima humanidad. Esta transformación gradual tiende a la plena participación en la vida divina, que se dará en la vida eterna.

- **Cristo suple el límite y la debilidad de la creatura.** Gertrudis es muy agudamente consciente de su miseria e indignidad para esta relación de igualdad;¹⁸ pero, reconociendo la elección totalmente gratuita de parte de Dios, se abre con confianza sobrenatural a recibir los dones de la gracia que la capacitan, no atribuyéndose mérito alguno a sí misma sino haciendo redundar todo en alabanza a la soberana y munificente misericordia del Señor.¹⁹

- **El amor místico nupcial conforma al creyente a Cristo:** La relación esponsal con Cristo, en esta vida, tiende a la unión permanente de voluntades en un

mismo querer y no querer. El matrimonio espiritual consiste propiamente en esta comunión de voluntades o unidad de espíritus. Así lo expresa Gertrudis:

“Yo soy suya; tiene en su mano mi cuerpo y mi alma, que haga de mí lo que plazca a su ternura. ¡Oh, quién me concediera llegar a ser según su corazón, para que encuentre en mí lo que desea, conforme a su pleno beneplácito! Sólo eso podría alegrarme y consolarme.” (E III)

El estado de unión es la cumbre de un proceso interior que pasa por etapas de purificación e iluminación.²⁰ Nuestro corazón anhela esa unión propia del amor perfecto, donde nada en nosotros se oponga a su beneplácito y todos nuestros deseos sean saciados.²¹ Pero esta conformación pide la renuncia total a la voluntad propia, y por eso el amor místico nupcial es un modo de participación en el misterio pascual que pasa por la cruz a semejanza de Cristo, hecho obediente al Padre hasta la muerte.²²

- **Carácter eclesial.** La unión esponsal de cada creyente con Cristo realiza y significa la unión esponsal de la Iglesia con su Señor. Es por lo tanto un amor abierto, universal y fecundo, que por sí mismo edifica la Iglesia, haciéndola crecer en santidad, engendrando hijos para Dios y haciendo accesible la gracia de la salvación a muchos hombres y mujeres dispersos por el mundo. Gertrudis es muy agudamente consciente de actuar *“in persona Ecclesiae”* (L IV,14) y de recibir la gracia y los dones de Dios no para sí misma sino para otros.²³

- **Amor encarnado:** El amor esponsal con Cristo, arraiga en un dato de la naturaleza humana: la potencia del deseo.

“Oh Jesús, único amado de mi corazón, dulce amante [...] ¡mi Amado, mi Amado! Si no vivo unida contigo, no podré ser eternamente feliz. Oh amigo, amigo, amigo, realiza tu deseo y el mío. Voz de Cristo: En mi Espíritu Santo, te tomaré por esposa. Me abrazaré a ti con una unión inseparable [...] Yo mismo colmaré tu deseo y así te haré feliz por toda la eternidad.

El deseo nace de la percepción de la carencia radical del ser humano; es el anhelo de un amor infinito que sacie esa carencia. A partir del hecho de que nuestro nacimiento es doloroso porque rompe nuestra unidad prenatal con nuestras madres,

llevamos toda la vida una herida de amor, una nostalgia de retornar a la unidad originaria. Ahora bien, la experiencia enseña que ninguna creatura puede saciar profundamente el deseo de amor del ser humano. Este deseo es infinito ya que el hombre fue creado para la comunión con Dios. La relación esponsal con Cristo arraiga en este dato ontológico: hemos sido creados para la relación con Dios y nuestro corazón anhela ese amor pleno que solo puede provenir de Él. La espiritualidad esponsal retoma los dos aspectos -psicológico y ontológico- del deseo y los proyecta hacia el único que puede saciarlo verdaderamente: el Señor Jesús.

Con lo expuesto hemos aclarado de paso otro punto: la relación esponsal con Cristo no tiene nada de carnal, pero ancla en el aspecto sexual de nuestra naturaleza. La sexualidad es la capacidad del ser humano, varón y mujer de amar a la persona de sexo diferente, de un modo estable, complementario y fecundo. La relación esponsal con el Señor se asienta en esta capacidad, toma de ella su energía y la eleva. No es que el amor divino sea a semejanza del amor humano, sino al revés: el amor esponsal humano es un reflejo del amor que Dios tiene por cada uno de nosotros. Pero como nosotros conocemos primero la realidad humana y después conocemos a Dios, comprendemos el amor divino a partir de la analogía con el amor humano heterosexual.²⁴

- La plena consumación del amor místico nupcial es escatológica. En esta vida la cumbre de la unión esponsal es la plena obediencia a la voluntad de Cristo en la fe y no en la visión. Pero en la vida eterna la unión con Dios será en gloria y a plena luz y colmará el deseo más hondo de felicidad eterna del ser humano.

“¡Oh!, ¿cuándo dejaré este cuerpo miserable para verte sin intermediario, oh Dios amor, astro de los astros? En ti, querido amor, estaré liberada de la prueba de la muerte [...]. Tú que eres la fuente de las luces eternas, devuélveme a tu corriente abismal de la que me aparté. Allí conoceré como soy conocida, amaré como soy amada; te veré, Dios mío, tal como eres, y en tu visión, tu gozo y tu posesión seré dichosa para siempre. Amén.” (E V).

¹ La autora es monja en el Monasterio Trapense de la Madre de Cristo, Hinojo, Argentina y colabora en la difusión de la postulación de Santa Gertrudis al doctorado de la Iglesia, en América Latina.

² Cfr. MARCHESI, Giovanni. “Jesucristo en la estética teológica de Balthasar”, [en línea] <http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/jesucristo-en-la-estetica-teologica-de-balthasar> [consulta: 20 de febrero de 2016].

³ VON BALTHASAR, Hans Urs, “‘Quel che devo a Goethe’. Discorso per il conferimento del premio Mozart”, en GUERRIERO E., *Hans Urs von Blathasar*, Cisnesello-Balsamo, Milán, 1991, 365-400.

⁴ Actualmente postulada como doctora de la Iglesia por las órdenes monásticas de Regla benedictina. Para mayor información sobre la causa, cfr.: SURCO: CONFERENCIA DE COMUNIDADES MONÁSTICAS DEL CONO SUR, *Santa Gertrudis* [en línea] <http://www.surco.org>

⁵ BENEDICTO XVI, “Catequesis al Pueblo de Dios en la audiencia general del 10.X.2010”, en *L’Osservatore Romano* 41 (2010) 11-12 (edición semanal en lengua española).

⁶ Sobre la educación de la mujer en la Edad Media cfr. R.W. CORLETO, OAR: “La mujer en la Edad Media”, *Teología* 91 (2006) 655-670.

⁷ En adelante lo cito: **L**, seguido de **número romano**, para indicar el libro, y de **números arábigos**, para indicar sucesivamente el capítulo y los párrafos. La edición crítica latina del *Legatus divinae Pietatis* es: GERTRUDE D’HELFTA, *Oeuvres Spirituelles*, Tomo II: *Le Héraut Livres I et II*, Sources Chertiennes N° 139, Paris, Éd. Du Cerf, 1968; Tomo III: *Le Héraut Livre III*, Sources Chrétiennes 143, Paris, Ed. Du Cerf, 1968; Tomo IV: *Le Héraut Livre IV*, Sources Chertiennes 255, Paris, Ed. Du Cerf, 1978; Tomo V: *Le Héraut Livre V*, Sources Chertiennes 331, Paris, Ed. Du Ser, 1986. Existen dos traducciones al español a partir del texto crítico, a saber: GERTRUDE D’HELFTA, *Mensaje de la misericordia divina (El Heraldo del Amor Divino)*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1999; *El Mensajero de la Ternura Divina. Experiencia de una mística del siglo XIII*. Tomo I (Libros 1-3) y Tomo II (Libros 4-5), Burgos, Monte Carmelo, 2013. En este trabajo cito según mi propia traducción del texto crítico latino.

⁸ Se admite que en la composición podrían haber participado varias monjas del círculo de iniciadas de Helfta, o bien que la obra reúne materiales diversos. Sin embargo la redacción del Libro I, la inclusión de notas marginales y la compaginación final son obra de una única monja, anónima y muy culta, que convivió con Gertrudis, a la cual se suele denominar técnicamente: la *redactrix*.

⁹ *Exertitia Espiritualia*; en adelante lo cito: **E** seguido del número de Ejercicio, en **numeración romana**. La edición crítica latina es: GERTRUDE D’HELFTA, *Oeuvres Spirituelles*, Tomo I, *Les Exercices*, Sources Chrétiennes N° 127 Paris, Les Ed. Du Cerf 1967; existe una traducción al español a partir del texto crítico: *Los Ejercicios*, Burgos, Monte Carmelo, 2003. En este trabajo cito según mi propia traducción del texto latino.

¹⁰ Conviene aquí hacer referencia al concepto balthasariano de mística, según aparece delineado en: VON BALTHASAR, Hans Urs, “Ubicación de la mística cristiana”, en *Puntos Centrales de la fe*, 311-334: Para el teólogo, la mística no es la cumbre de la vida cristiana, sino que pertenece al orden de las *gratiae gratis datae*. La perfección de la vida cristiana ordinaria radica en la receptividad y docilidad habituales a la acción divina, actitudes que implican el desarrollo de los dones del Espíritu Santo, como hábitos o capacidades por los que se va formando en el creyente el sentido de las cosas divinas. Según Balthasar, esta cumbre no pertenece a la mística, sino a la acción ordinaria de la gracia acogida en su plenitud. La obediencia plena es propiamente la unión con Dios, pero no implica de suyo la experiencia de lo divino, sino que puede darse en la noche de las facultades sensibles y espirituales, lo que no le quita nada de su perfección. Lo específico de la mística cristiana está en los carismas extraordinarios que se reciben como don del Espíritu para el servicio de la Iglesia. La mística cristiana es un don y una misión carismática para la Iglesia. Estos carismas extraordinarios no pueden recibirse sin la disposición de obediencia antes mencionada a la acción plena de la gracia; aquí Balthasar se separa del Aquinate: para el teólogo suizo, la *gratia gratis data* supone de suyo un alto desarrollo de la vida cristiana ordinaria. Balthasar minimiza así el valor de los aspectos extraordinarios del carisma místico –todo lo que hace a los estados subjetivos de conciencia- para poner su atención en el valor objetivo de este carisma, como don dado a la Iglesia para enriquecer su comprensión de la revelación. De esta concepción se sigue que la mística es una gracia carismática concedida a la Iglesia a través de una persona concreta, en orden a una misión teológica, para la cuál la única disposición adecuada es la receptividad y la plena disposición de servicio, actitud que, en cuanto *consentimiento*, encarna el principio mariano o femenino de la Iglesia; el cuál, al converger con la gracia que viene de lo alto, conforma la estructura espousal de la Iglesia y de toda mística cristiana. Cfr. también ID. *Adrienne von Speyr*, 47-72.

¹¹ VON BALTHASAR, Hans Urs, *Gloria, una estética teológica, I: La percepción de la forma*, Madrid, Encuentro, 1988, 34-35.

¹² *Ibid.*, 218

¹³ “Oh dispensador de dones, dame inmolar la hostia del júbilo en el altar de mi corazón, de modo que obtenga, a causa de mi ofrenda, para mí y para todos tus elegidos, experimentar frecuentemente la dulce unión y la unitiva dulzura que a mí, antes de aquella hora, me era bastante desconocida.” (L II,2)

¹⁴ Sin embargo, cabe señalar que la espiritualidad esponsal, tal como evolucionó históricamente, quedó asociada a la virginidad consagrada y se reservó como patrimonio casi exclusivo de la vida religiosa. No fue sino hasta el Concilio Vaticano II que se profundizó en el valor del bautismo y del matrimonio y comenzó a comprenderse gradualmente que la espiritualidad esponsal podía ser vivida por todo bautizado, incluso por las personas unidas en matrimonio. Sin embargo, la vida consagrada y la vida matrimonial expresan de distinto modo la relación esponsal con el Señor Jesús. Los consagrados han recibido el llamado especial a dejar todo otro amor esponsal humano, para entregarse enteramente al Señor, renunciando al matrimonio y a la generación de los hijos. Por eso la espiritualidad esponsal en un consagrado está marcada y configurada por esta renuncia. La experiencia del matrimonio es distinta, aunque tiende también al mismo Señor. En el matrimonio cristiano, los cónyuges se hacen, el uno al otro, puente y espejo de ese amor más grande, que es del Señor Jesús por cada uno de ellos. El matrimonio es un reflejo a nivel humano, de la unión de cada bautizado con Cristo; solo Cristo puede llevar a plenitud la necesidad de amor infinito del corazón humano. Al mismo tiempo el matrimonio cristiano es reflejo de la unión esponsal del Señor con la Iglesia. Hoy en día necesitamos testigos vivos que, habiendo vivido radicalmente la relación esponsal con Cristo en el matrimonio y en la vida consagrada, nos la testimonien.

¹⁵ “Otra vez se le presentó el Señor al alma, la acariciaba con delicada ternura y le decía: ‘Vamos, señora y reina, acaríciame ahora como yo te he acariciado tantas veces’. Con estas palabras el Señor omnipotente, amante apasionado del alma fiel, se inclinaba delicadamente más de lo acostumbrado, como para recibir un beso de ella. Entonces el alma sobrecogida ante una proposición de tan inaudito requerimiento del Señor, respondió con humildísima devoción con estas palabras que parecían brotarle de lo más profundo del corazón: ‘Ay, tu eres el Dios Creador y yo una criatura’. Apenas dichas esas palabras el alma inundada con la fuerza de Dios por admirable disposición divina parecía regocijarse con su Señor. (L IV 14, 6).

¹⁶ Gertrudis “[...] escuchó como con el oído del corazón, una voz dulcísima, como la de una citarista que hace sonar una suave armonía al tocar su cítara, con las siguientes palabras: ‘Ven a mí, tú que eres mía; tú que eres lo mío, entra en mí; hecha una cosa en mí, permanece conmigo’. Del mismo Señor recibió el sentido de tan dulce cántico: ‘Ven a mí, tú que eres mía, porque te amo como a esposa amantísima y deseo que estés siempre unida conmigo y por eso te llamo. Porque tengo mis delicias en ti, deseo que te introduzcas dentro de mí como un joven desea encontrar en sí mismo la alegría perfecta de su corazón. Porque yo Dios-amor te elegí, deseo que permanezcas conmigo en unión indisoluble, así como si un hombre dejara de respirar, no podría seguir viviendo’. En medio de todos estos suavísimos deleites, sintió que, de modo admirable e inefable, era introducida en el Corazón del Señor [...], y así se encontró felizmente en lo más íntimo de su Esposo y Señor, su Dios. Lo que allí sintió, lo que vio, lo que oyó, gustó y tocó, sólo ella pudo conocerlo y aquel que se dignó admitirla en tan desbordante y sublime unión, Jesús, esposo del alma amante, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. (L III, 26.3)

¹⁷ “En cierta ocasión, después de considerar la vileza del deleite humano, hastiada de todo (Gertrudis) dijo al Señor: ‘Nada encuentro en la tierra que me deleite, sino tú solo, Señor mío dulcísimo’. El Señor, recomponiéndola, a su vez le respondió: ‘Igualmente nada hay en los cielos ni en la tierra que me deleite sin ti, pues por amor te asocio siempre a todo deleite. Por eso tú eres mi delicia cada vez que me deleito en cualquier cosa y en la medida en que cause mi delicia es más provechoso para ti’” (L I, 11,5).

¹⁸ “¿Quién como tú, Señor mío Jesucristo, mi dulce amor, excelso e inmenso, que vuelves tu mirada hacia lo humilde? ¿Quién semejante a ti entre los fuertes, Señor, que eliges lo débil del mundo? ¿Quién como tú, que creaste el cielo y la tierra, a quien sirven los tronos y las dominaciones y quieres tener tus delicias con los hijos de los hombres? ¿Cuán grande eres tú, Rey de reyes y Señor de señores, que imperas sobre los astros y pones tu corazón cerca del hombre? ¿Cuál eres tú, en cuya diestra están las riquezas y la gloria¹⁸? Tú, lleno de delicias ¿y tienes una esposa sobre la tierra? ¡Oh Amor! ¿hasta dónde inclinas tu majestad? ¡Oh Amor! ¿hacia quién conduces la fuente de la sabiduría? Ciertamente hacia el abismo de la miseria. ¡Oh Amor!, para ti solo, para ti solo, es ese vino especial y abundante, por el cual es vencido y embriagado el corazón divino” (E III)

¹⁹ “Nunca se la vio deprimida o abatida por sus defectos, más bien, elevándose por la presencia de la gracia divina, estaba preparadísima a todos los dones de Dios. Si se sentía tenebrosa como tizón apagado, al punto, como si recuperara la respiración con ayuda de la gracia, ponía todo su empeño en elevarse por la intención hacia Dios, y al volver a su interior, al instante recibía en sí la imagen de Dios. Como un hombre que camina en las tinieblas y es iluminado por la luz del sol, así ella se sentía iluminada por el resplandor de la presencia divina, y por haber sido revestida con todo los adornos y aderezos de una reina,

ataviada con vestiduras de oro, engalanada con variados adornos, para presentarse ante el Rey inmortal de los siglos, y de este modo prepararse y hacerse digna de la íntima y unión divina” (L 1,10,1).

²⁰ En la vida cotidiana, la espiritualidad esponsal ayuda a vivir todas las cosas en relación con el Señor, en un proceso gradual de configuración a Él. Este proceso pasa por etapas de purificación e iluminación y tiende a la unión experimentada con el Señor. Ahora bien, la plenitud del amor esponsal no radica tanto en las experiencias puntuales de unión, que son dones de la gracia, sino en la habitual conformidad de voluntades con el Señor; es decir, en la búsqueda constante de su voluntad sobre la propia, aun en medio de adversidades.

²¹ “Oh dulcísimo beso, que yo, pequeño grano de polvo, no sea olvidada por tus lazos, que no sea privada de tu contacto y de tu abrazo hasta volverme un solo espíritu con Dios. Hazme experimentar de verdad qué delicia es abrazarte a ti, el Dios vivo, mi dulcísimo amor, y estar unida a ti.” (E V)

²² “Quien recoge sus adversidades y sufrimientos, los introduce en la bolsita de mi Pasión y se identifica con los ejemplos de la misma por la imitación, ese verdaderamente ‘reposa entre mis pechos’ (cfr. Ct 1,12), de manera que por mi especial afecto le daré para aumento de sus méritos, todo lo que prometí con mi paciencia y mis demás virtudes. (L III, 42,1-2).

²³ “La humildad la hacía considerarse totalmente indigna de los dones divinos y le parecía imposible que fuese debido a sus méritos el recibirlos: se consideraba canal por el que los secretos designios de Dios hacían pasar la gracia a sus elegidos, ya que le parecía ser totalmente indigna y que recibía indigna e infructuosamente los dones de Dios, tanto grandes como pequeños, salvo su esfuerzo en escritos o en palabras para hacerlos útiles al prójimo [...] diciendo para sí misma: ‘aunque tuviera que sufrir las penas del infierno, como lo merezco, es sin embargo una alegría para mí que el Señor pueda recoger en las almas los frutos de estos dones [...] A todas horas se ofrecía voluntariamente para recibir en sí misma los beneficios de Dios y luego los repartía en provecho del prójimo, como si fueran propiamente menos suyos que de cuantos por su mediación los recibían” (L I, 11,1).

²⁴ Gertrudis expresa bien esta inversión de categorías haciendo suyas las palabras de la liturgia de consagración de vírgenes: “Tú Señor [...] hiciste manar este don sobre algunos espíritus, de la fuente de tu generosidad: [...] que desdeñando el vínculo de unión entre el hombre y la mujer, desearan el sacramento, no imitando lo que en las nupcias se realiza, sino amando lo que ellas prefiguran.” (E III; cfr. Pontifical Romano, oración de bendición del rito de consagración de vírgenes).